

salud y su fuerza, su vivir sereno y suave.

Recuerdan estos indios al ciervo y la gacela. Son, como ellos, animalitos ágiles, sobrios e inofensivos; son de la raza noble del caballo y del buey: seres magnánimos que dan más que lo que consumen. Gentes que viven de frutas, de raíces y de granos, de agua y de aire, de movimiento y de luz; y con sus hombros férreos y sus frentes de acero, sus piernas veloces y sus recias caderas, sostienen y sobrellevan el peso de la nación entera.

Son ellos las raíces invisibles, incommovibles y robustas del grande arbol-nación. Y ahora, como hace cinco siglos, son la raza matriz y material, potente y generosa, que da todo y que nada recobra.

—TOCAN las campanas de San Francisco.

¿Tocan? ¿Gimen? ¿Lloran? ¿Piden socorro o claman por misericordia?

Las torres, los torreones, los campanarios, todo lo que en el vasto y eminente santuario subía de la tierra al cielo, cayó derruido, destrozado, hecho polvo, al estrago del remezón

tremendo... como si la Tierra, ansiosa de purificarse, quisiera echar de sí hasta las cosas santas, hasta las moradas de la oración!...

Allá en lo alto, aferradas a los poderosos grapones, como un alma que se adhiere al cuerpo agonizante, quedaron las campanas; y desde ahí, sobre la ciudad melancólica, salpicada de ruinas, cantan, oran, suspiran, derramando sobre los templos y los palacios destrozados el divino rocío de sus plegarias.

¡Las campanas! ¿No son el alma de los templos? ¿Su voz, no es, acaso, el espíritu que trasciende y se sobrepone a la materia, y convierte en pensamiento y éxtasis hasta las formas informes de la piedra?

Y cuando esas sonoras y plañideras voces fueron fundidas ¿no entró en la liga, junto con el hierro y el oro, el pensamiento y las emociones, la esperanza y la fe, cuanto había de puro en el alma de los que vivían entonces?

¿Por qué las campanas de ahora, meros productos de la industria, no resuenan y cantan como estas antiguas, centenarias campanas, surgidas del espíritu en los remotos días, cuando los hombres sabían creer y sabían orar?

## De "Ideas y Formas"

### CONOCETE A TI MISMO

LA extensión de este mandamiento es doble.

Primero, exige el conocimiento del hombre en general; como si dijéramos de la Psicología Humana, la cual se bifurca en las de raza, sexo, nacionalidad y época.

Segundo, exige el estudio de sí mismo, el autoanálisis de cada uno, con sus idiosincrasias, pasiones, tendencias, taras y enfermedades, vocación, virtudes, defectos y potencias.

Lo primero, se necesita para comprender la Historia, la Política y el Arte de Gobernar; lo mismo que el sentido íntimo y el contenido social del Arte y de las Letras en cada lugar y tiempo.

Lo segundo, de mayor trascendencia, nos enseña el gobierno de nosotros mismos y el camino de nuestra salvación, que no es otro que el de la humildad.

El hombre que llega a conocerse, por fuerza será humilde; y siéndolo, podrá entrar en el sendero de la caridad—sin la cual, enseña San Pablo, ninguna cosa tiene precio, ni aun la limosna.

Como la caridad es el anhelo de vivir en los demás, o sea el amor a

Dios, realizado mediante el amor a sus criaturas, se comprende que sólo el humilde sea capaz de tan fervoroso deseo; pues el soberbio, sintiéndose por encima de todos, superior a todos y diverso de ellos, no puede amarles, ni verles con ternura y respeto; antes bien, y únicamente, como instrumentos y satélites de su propia gloria.

Mas el hombre que se conoce, perderá la soberbia. Se tornará más y más humilde cuanto más se conozca, hasta llegar a comprender y a sentir que toda excelencia, hasta las más suyas y propias, no están en él sino de reflejo, pues su verdadera, real y perdurable residencia no es el yo, la individualidad, sino el Todo, la *Universalidad*, que es la manifestación de Dios.

De este conocimiento, que es *Caridad*, se origina la *Santidad*, o perfección que nos lleva a ser salvos.

Bien dijo quien dijo que el conocimiento de sí mismo es el principio de toda sabiduría. Mejor dijera si dijera que es también su camino y su coromiento.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

### FUERZA

LA fuerza es *una*: igual la que se gasta en escudriñar un misterio, que en balancear ociosamente las piernas. Igual la que cristaliza en un verso, en un cuadro, en una sinfonía, que aquella que labra la tierra con la azada, o la madera con el hacha.

El niño no cuida de sus fuerzas, porque le sobran, y porque derrochándolas las ejercita y las aumenta. Mas el adulto, si ya decae o tiene que gastarse en muy rudas faenas o consumirse en hondos pensamientos, debe encauzarlas y economizarlas; no gastándolas sino con plan, sobriamente, contentivamente.

Nos conviene, si es que ya estamos penetrados de esta unidad esencial de las fuerzas, ahorrar movimientos y palabras inútiles, huir de arrebatos y sacudidas, y no andar arrastrados de imaginaciones sin freno y de pensamientos sin cauce. Nos conviene el trabajo concreto y regulado, o el descansar entero y hondo. Nos conviene, como al león, ser mesurados e intensos; reposar, dormir profundamente, rehacernos, distender los nervios y olvidarnos de la presa mientras no llega el instante de acecharla y de saltar sobre ella.

Los niños conocen y practican esta economía del león y del águila: cuando no juegan, reposan; recostándose, reclinándose, adoptando siempre relajadas y cómodas posturas. La rigidez social o escolar que les impone sentarse bien, enderezarse, andar erguidos, es para ellos una tiranía inexplicable, y la evaden tanto como pueden.

Las sillas sin brazos son una maldición: la mesa de trabajo, torpemente construída, que nos obliga a empinar-nos o a encorvarnos, nos roba, nos defrauda las fuerzas. El hombre, con solo estar de pie, ya realiza un duro trabajo, y es necedad o maldad cansarle y fatigarle cuando y ahí mismo donde se imagina que descansa.

Nuestras fuerzas son nuestro tesoro; precisamente, nuestra vida. El reposo es el manantial que las alimenta y las renueva. El movimiento contenido, equilibrado es el que les concentra e intensifica y sereniza, extrayendo de ellas la energía y la gracia, que son sus flores; tal como la luz, trenzando la cabellera loca de una catarata, extrae un arco iris, que es también una flor.

ALBERTO MASFERRER

Con el título de IDEAS Y FORMAS, NOTAS DE VIAJE, en breve saldrá un librito de Masferrer en una de nuestras ediciones, la de Autores Centroamericanos.